

XXXIX CONGRESO INTERNACIONAL DE AMERICANISTAS

Historia
ethnohistoria
y etnología
de la
selva sudamericana

Vol. 4

LIMA, 1972

SHAMANISMO ENTRE LOS KOFAN

Scott S. ROBINSON

Si es cierto que el hombre inventa dioses a su semejanza, también lo es que encuentra su semejanza en las imágenes que le ofrecen el cielo y la tierra. *Octavio Paz.*

Los Kofan habitan las cabeceras de los ríos Aguarico, San Miguel y Guamúes en la zona fronteriza ecuatoriano-colombiana. La tribu consta de 550 habitantes, lo que equivale a un número igual de habitantes del idioma Kofan, y que no tiene relación definitiva con ninguna familia lingüística reconocida. La economía Kofan, al igual que la de otras tribus vecinas de la región del Putumayo, se basa en la caza, pesca y horticultura incipiente. Las familias nucleares o extendidas comparten casas-habitación, sobreelevadas del suelo, con pisos y paredes de chonta y techos de hojas tejidas. De los siete caseríos que hay, los más grandes tienen diez casas y una población de alrededor de 100 habitantes, dispersa a ambas márgenes de los ríos, en una distancia de uno o dos kilómetros.

Los Kofan son una tribu teknónima, o sea que los padres toman el nombre del primer hijo o hija al nacer y lo usan hasta cuando éste o ésta se casa. Es en este momento, entonces, que cambian sus nombres con la del siguiente hijo o hija no casado. Este hecho social crea una situación de "amnesia genealógica", que dificulta la determinación del parentesco más allá de dos generaciones. Se hace muy difícil recordar los nombres originales de los antepasados, e incluso, los nombres cristianos que todavía se emplean.

La descendencia Kofan es bilateral. Se reconocen los antecedentes de ambos parientes sin que ninguno de los dos grupos adquiera mayor importancia en la organización social. El nombre de familia, o apellido, se toma del padre biológico-social. Existen, sin embargo, rasgos de un sistema de "moieties" o 'mitades' con igual número de "familias" en cada una. Una mitad ocupaba el río San Miguel y la otra el Aguarico. Se casaban y aún se casan entre "familias" de un río y el otro (sería prematuro decir que son linajes, dado lo incompleto del análisis). Además, existe incluso una diferencia dialectal entre los grupos de ambos ríos; pero fuera de esto, comparten la misma cultura.

No hay herencia de bienes, ni funciones sociales, a excepción del cargo de *curaka* o shaman que es hereditario del padre al primer hijo (actualmente este patrón cultural está debilitándose por las presiones aculturativas). La propiedad de los hombres se reduce a sus artefactos y cultivos, yuca, plátano, maíz, tabaco y árboles frutales dispersos por el caserío y, además, a artículos y siembras en las que ha invertido su propio esfuerzo. Paralelamente, las mujeres son dueñas de utensilios de cocina y de artículos de artesanía. Por otro lado, hombres y mujeres tienen sus propias canciones, aprendidas en estado alucinante, producido por el consumo del yagé. Cuando muere una persona se destruyen sus bienes, se abandona su parcela y nunca más se atreven a repetir sus canciones.

El *curaka* o shaman es a la vez jefe político, intérprete e intermediario de aquella parte de la realidad que sólo él conoce. Su poder nace de este hecho y su conocimiento se extiende a todos los campos de la acción humana. La imposición del sistema de gobernadores en el lado colombiano ha creado un doble sistema de autoridades dentro de ciertos caseríos, pero al final, uno de ellos es intermediario con el mundo blanco y el otro, el *curaka* (solamente hay un caso en que los papeles coinciden) es el que "conoce" más y por cierto tiene la mayor autoridad. Las enfermedades del mundo occidental, las matanzas de la época misional-cauchera (y su continuación al presente con la explotación del petróleo) y la carencia de hijos amenazan la continuidad del sistema tradicional. Es muy probable que con la muerte de esta generación de *curakas* (actualmente hay únicamente dos aprendices) se extinguirá el shamanismo entre los Kofan.

Cada caserío tiene un shaman, un hombre de edad, casado o viudo, que ha servido y sufrido (según ellos) un período de aprendizaje con su padre u otro shaman durante su juventud, generalmente antes de cumplir los treinta años. El aprendizaje consiste en tomar, frecuentemente, grandes cantidades (hasta diez tazas) de yagé durante un período de no menos tres meses. El aprendiz toma junto con su maestro, los dos solos y/o con los demás del caserío.

La sabiduría, o sea el conocimiento y el poder que resulta del conocimiento, proviene de las visiones, formas provocadas por la droga alucinógena. Es el maestro o *curaka* quien ha visto todo (durante su propio aprendizaje y de allí en adelante reafirma continuamente sus conocimientos) y ayuda al aprendiz a ver lo mismo. 'Ver' significa percibir mentalmente, formas y sonidos naturales y culturales, sea de animales, pájaros y personas conocidas como la gente del yagé.

Conocer (*atesuye*) es el estado de haber visto o de estar viendo (*ateye*); es necesario ver antes de conocer. El proceso es irreversible, no hay conocimiento sin visión, y la visión sin conocimiento tiene el sentido del verbo 'mirar' en español, la cual precede la apreciación de las

cualidades de las formas. Además, en cada imagen visual hay un sonido que la acompaña, si es que la forma produce sonido en la naturaleza. Cabe notar que son las formas más temibles, por ejemplo, el tigre y la serpiente, las que producen menos sonido. Las demás formas con sonido constituyen un complejo audio-visual que tiene las mismas características en la vida cotidiana o bajo la influencia del yagé.

El maestro pregunta continuamente al aprendiz qué ha visto, cómo era, y qué hizo. De esta manera se informa del nivel de profundización o el estado del conocimiento de formas atestiguadas por el novicio. A los que no ven mucho se les obliga a tomar más yagé. El conocimiento se relaciona directamente con la cantidad de yagé que se consume.

Al parecer existen cuatro etapas del conocimiento, sin distinción clara entre las mismas y corresponden, por supuesto, a la cantidad de yagé que uno haya tomado. Se comienza con las formas de figuras geométricas, coloreadas y de una dinámica continua que se transforman constantemente en formas distintas. Después, durante un largo rato (aproximadamente una hora) asoman, entre las figuras abstractas, animales y pájaros silvestres. (Hay casos en que solamente con la ayuda del yagé se ven algunos pájaros que no existen en la naturaleza. Esto no ocurre con los demás animales).

Suponiendo que se siga tomando yagé, el estado compulsivo provocado por los alcaloides aumenta y comienza el miedo, el llamado sufrimiento. La cantidad de formas percibidas cambia a un ritmo acelerado y la inhabilidad para controlarlas provoca miedo. Los animales: serpientes, tigres y boas, por ejemplo, atacan al individuo, lo comen, lo destrozán hasta que siente su propia muerte. Es evidente que la inminencia de la muerte engendra miedo en personas conscientes de su vida, pero al morir el alma se separa del cuerpo y 'sube' adonde vive la gente del yagé. Ellos, por supuesto, son Kofan que viven en grandes caseríos, todos felices, con abundancia de comida y chicha, en fin un verdadero paraíso. Son ellos, la gente del yagé, la que enseña al individuo como cantar. Y como los curakas son quienes con mayor frecuencia llegan a verla, son los que cantan más. Quien ve a la gente del yagé les consulta sobre enfermedades, apariciones, cacería y pesca. Son ellos quienes ven todo. El curaka de mayor conocimiento es quien ve lo mismo que la gente del yagé, y ellos como ya se dijo, todo lo ven. El interpreta sus visiones, es decir, su conocimiento, para beneficio de los demás. Si este beneficio exige controlar la maldad de otro curaka y/o con mayor frecuencia el poder temible de curakas de tribus vecindarias; entonces lanzan sus propias flechas mágicas hacia la fuente de la maldad (también manifestada en forma de flechas mágicas).

El curaka interrumpe el ritmo de la vida cotidiana al anunciar que tomará yagé, y los demás, hombre y mujeres, saben que pueden compar-

tir con él. La asistencia del curaka la solicitan los enfermos y quienes por haber visto, por ejemplo, un tigre amenazándolos, padecen una crisis. Muchas veces el curaka decide tomarlo por razones personales, siempre relacionadas con el mantenimiento de la salud y el bienestar de los habitantes del caserío. En términos de función social, se consulta al yagé para diagnosticar los problemas y luego curar las enfermedades y resolver las crisis que provocan el desconocimiento de un hecho aparentemente incomprensible.

El curaka, si es que no hay una mujer menstruando, va al monte para cortar unos diez o doce trozos del tronco grueso del bejuco o liana, *Banisteriopsis Caapi* sp. y hojas de *Banisteriopsis Rusbyana* sp. Lleva lo colectado a la casa del yagé y al día siguiente su ayudante, el aprendiz o frecuentemente un anciano soltero lo cocina en una olla de barro, o se cocina o se maja con un palo, pero en ambos casos se prepara una infusión de las plantas que se toma esa misma noche.

La casa del yagé se encuentra más o menos cerca del caserío, si es nucleado, o de la casa del curaka, siempre en plena selva y al lado de una quebrada. Los que preparan el yagé tienen que estar en ayunas y se prohíbe la presencia de mujeres. Al anochecer, el curaka llega a la casa junto con los demás hombres y niños que también van a tomarla (se comienza a tomar alrededor de los seis años). No es obligatorio tomar yagé. Después de unos minutos llegan las mujeres y niñas y acomodan sus hamacas al lado opuesto de la casa del yagé, mientras el curaka y su ayudante arreglan la olla y la taza ritual.

Después de un largo rato de silencio y descanso el curaka comienza a bendecir la primera taza, que él mismo toma. La bendición, por falta de otro término, consiste en un 'click' y unos soplos hacia el líquido espeso de la taza. Con esto se evita la presencia de flechas mágicas perjudiciales cuando se le consume. Luego de beber convida a los demás, bendiciendo cada taza de los que vienen a tomarlo, arrodillándose a su lado. A las mujeres y niñas, el curaka, les entrega personalmente la taza sin que ellas tengan que atravesar la parte masculina de la casa. El curaka retorna siempre a su hamaca ubicada al costado masculino de la casa rectangular.

Esta acción se repite a voluntad del curaka, normalmente cada hora, cinco o seis veces. El curaka toma sólo en las ocasiones que comparte con los demás. Después de la segunda toma general, el curaka comienza a cantar y el resto de la noche sigue cantando y bebiendo hasta que se acaba la cantidad preparada de yagé. Los demás participantes toman cuando se les convida, pero no cantan. Únicamente los curakas cantan. En la madrugada, al alba, el curaka va hacia los enfermos presentes y los 'cura', primero soplando y luego chupando y escupiendo a un lado las flechas perjudiciales. Sigue un período de descanso, mien-

tras las mujeres preparan unas comidas especiales repartidas individualmente por los niños. Antes del mediodía todos regresan a sus casas en el caserío.

El consumo del yagé es el único rito entre los Kofan actuales. Se repite con bastante frecuencia, a veces incluso semanalmente. El consumo del yagé es un intento de comprender la realidad con mayor precisión. Dado que entre ellos no existe una clara distinción entre sueño y vigilia, es lógica la hipótesis de que las formas percibidas bajo la influencia del yagé no tienen una realidad aparte. Son formas normales o formas sin referencia concreta en el mundo de la naturaleza, o sea formas netamente culturales, con el mismo grado de realidad que las otras. Entre ellos no existen las distinciones duales o de polaridad del pensamiento cartesiano, (el buscar y encontrar tales estructuras cognitivas duales es fácil, pero ajeno al proceso de tratar de comprender como funciona el mundo cognitivo Kofan). Lo que se ha visto es lo que se conoce, sea como resultado de sus viajes diarios dentro de la selva o por los efectos de los alcaloides del yagé en una mente afectada. No hay distinciones entre estados de realidad. Tomar yagé sirve para intensificar el conocimiento de ciertas formas naturales (en términos cartesianos) de significado cultural, por ejemplo, los animales preferidos y más buscados en la caza. Se reafirma y verifica la presencia e importancia de estas formas percibidas y, por supuesto, la dinámica continua entre hombre y naturaleza. Pero el curaka va más allá hacia la reestructuración de las formas. Con un acceso más frecuente a las formas básicas, su mayor definición le da un mayor control y así manipula las formas, que contienen poder y significado culturales. Estas formas son símbolos fijables en un *continuum* del bienestar que el shaman Kofan trata de mantener. La gente del yagé le facilita mayor comprensión y control ya que para llegar donde ellos se pasa la muerte y se encuentra con un estado muerto pero vivo y sumamente sensible.

La gente del yagé permite al curaka apreciar las formas alucinógenas, pero siempre 'vistas', según su valor informativo cultural e interpretarlas y colocarlas en el *continuum*. El daño proviene de flechas mágicas enviadas por otros curakas, pero el problema no es tanto identificar la fuente de la maldad como buscar una nueva configuración de las formas de valor positivo, alentadoras para los demás, siempre dentro de un determinado marco de la realidad. La claridad de la visión proyectada por la gente del yagé permite al curaka buscar y extraer la maldad, a la vez que conseguir nueva información entre las formas antiguas y reconocidas, para así recomendar acciones concretas y hierbas medicinales a los demás. Como el curaka posee mayor acceso a esta claridad de la realidad, tiene en consecuencia mayor conocimiento y discriminación, en fin, el máximo poder entre un grupo humano consciente de su cultura en medio de la naturaleza.